

Domingo Navidad

Isaías 52,7-10; Hebreos 19 1-6; Juan 1,1-18

«*La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

25 Diciembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que predica la victoria!*»

Navidad es el misterio que se abre ante nuestros ojos cada año, un misterio de amor y de esperanza, un misterio de vida y de luz. Pero, tal vez, llegamos a este día con el corazón algo entumecido, seco, perdido, desconfiado, incapaz de ver la belleza de la vida. Quisiéramos que esta noche fuera perfecta, llena de luz y de paz, como ese Belén idílico en el que reflejamos nuestros sueños. Pero las cosas no suelen ser perfectas, no lo son. Quisiéramos que nuestras relaciones familiares fueran ideales, llenas de vida, sin roces y alegres. Pero muchas veces las sombras velan los mejores deseos. A lo mejor llegamos hoy cansados de la vida y con el deseo de cambiar lo que no nos gusta, inconformistas con lo que vemos; o quizás vivimos con la sensación de que no amamos a Dios sobre todas las cosas, porque amamos más al mundo que nos maravilla; y no confiamos del todo en sus planes a veces tan distintos a los nuestros. Sentimos que no sabemos amar, que hacemos de vez en cuando todo mal, y siempre hay alguien que nos lo recuerda. Escuchamos la voz del reproche y podemos llegar a pensar que no valemos nada. Vemos que no somos capaces de dar la vida, encerrados egoístamente en nuestros miedos, pero tampoco sabemos cómo salir. No nos fiamos del amor incondicional de Dios que nos parece tan esquivo muchas veces. Alguien me decía el otro día con cierta ilusión: «*El instrumento está feliz, porque confía en su dueño que lo ha fabricado y conoce hasta la última pieza, por pequeña que sea. Y sí, esa felicidad que está descubriendo el instrumento no es de risas fuertes, pero es profunda.*». Así quisiera ser hoy nuestra felicidad; una felicidad serena y callada ante el pesebre. Queremos llegar al Belén seguros de algo: Dios nos quiere aquí, de rodillas, con nuestra debilidad en las manos, sostenida como un tesoro. Entregada sin guardarnos nada. Y podemos decir lo mismo que escribía hace poco una persona en oración: «*No he sido muy consciente de que pronto nacerías y no me he preparado muy bien, ni tengo mucho que ofrecerte; pero como sé que también me quieras así, aquí estoy.*» **La felicidad del instrumento es la certeza que da saber que es Dios quien nos utiliza.**

Quisiéramos tener la humildad de los pastores que se sorprenden ante el misterio escondido en una cueva: «*De pronto se les apareció un ángel del Señor, la gloria del Señor brilló alrededor de ellos y tuvieron mucho miedo. Pero el ángel les dijo: -No tengáis miedo, porque os traigo una buena noticia que será motivo de gran alegría para todos; Hoy os ha nacido en el pueblo de David un salvador, que es el Mesías, el Señor. Como señal, encontraréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.*». Ellos creyeron porque, ante la grandeza del misterio, se sintieron muy pequeños. Se hicieron como niños y no dudaron: «*Vamos, pues, a Belén, a ver lo que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado.*». No cuestionaron el anuncio, no se quedaron tranquilos e indiferentes ante la noticia. No usaron tanto la cabeza, usaron más el corazón y, por eso, fueron y vieron. Y su fe los convirtió en testigos. Se arrodillaron ante el misterio hecho carne: «*Y sucedió mientras estaban en Belén, que a María le llegó el tiempo de dar a luz. Allí nació su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre, porque no había alojamiento para ellos en el mesón.*». En la pobreza de Belén, ciudad donde no hay paz, nació el príncipe de la paz. Y los pastores, pobres y sencillos,

creyeron que ese niño era rey, Dios, el Salvador. Creyeron en la oscuridad de la fe que era su salvador, cuando nadie veía. Encontraron un pobre niño indefenso y creyeron que era Dios. Porque lo que los movía era el corazón y no la cabeza. Y es que, como me decía una persona hace poco, «*en la vida se puede actuar con el cerebro, en cuyo caso corres el riesgo de convertirte en un ser egoísta e interesado y con un gran vacío interior, o con el corazón, poniendo todo tu amor en lo que haces, porque es así como te sale de dentro y es lo que te hace realmente feliz*». Nuestra cabeza pone los límites, determina lo prudente y establece los riesgos que tenemos que evitar. Si sólo manda nuestra cabeza podemos llegar a paralizarnos por miedo, porque no es prudente una fe intrépida. **Quisiéramos hoy actuar movidos por el corazón, por la verdad que vive en su interior.**

No obstante, también sabemos que no es oro todo lo que reluce. Si nuestro corazón no tiene paz, si no hay luz en su interior, si Dios no vive en él y nos dejamos llevar por sus insinuaciones, nos puede ir mal. Cuando el pecado ha implantado el desorden en el alma, es peligroso seguir al corazón. Nos puede llevar allí donde no queremos ir. Decía el P. Kentenich: «*De acuerdo a la idea de Dios, el hombre debe tener la gracia. Si mi naturaleza no está inserta en la gracia, mi enferma naturaleza debe tornarse aún más enferma. ¿Habrá aquí una explicación de las muchas enfermedades síquicas de nuestro tiempo?*»¹. Nuestro desorden interior es muchas veces causa de nuestras enfermedades. Vivimos con angustia, la ansiedad se apodera de nosotros, y no vivimos en esa armonía que anhelamos. Nuestra despreocupación por el estado de nuestra alma contrasta con el orden y la limpieza externos que tanto nos preocupan. Hay una desproporción entre el interés y el tiempo que dedicamos a nuestro aseo exterior, a nuestra limpieza y la limpieza de nuestra casa, y el tiempo que invertimos en limpiar el alma que se ensucia con tanta frecuencia. Nos falta la humildad de los pastores para arrodillarnos ante el misterio del sacramento de la confesión y pedir perdón con sencillez. No dejamos que Dios penetre los rincones ocultos del alma para darnos su paz. Perdemos con facilidad el sentimiento de culpa y justificamos con prontitud nuestras caídas. Cuando no reina la gracia en nosotros, ni el Espíritu Santo actúa, los gritos del corazón nos confunden. Sin embargo, sabemos que es necesario que nuestro corazón tenga luz para poder obedecer las voces que brillan en su interior. Hoy queremos poner nuestro corazón en manos de Dios, dejar que Él lo ordene, lo llimpie y lo sane. Queremos vaciarnos para que su voz sea la única que podamos escuchar en el silencio. Y entonces, obedeciendo a nuestro corazón, lograremos que la cabeza no nos paralice. **Sabemos, como los pastores, que el corazón nos hace más valientes para vencer los miedos y limitaciones que la cabeza nos impone.**

La Navidad no ocurre sólo hoy, cada día, cada momento en que Dios se hace carne en nuestra vida para regalarnos su amor y su misericordia, debería ser Navidad. Pero nosotros pasamos por la vida tantas veces sin ver a Dios, sin saber que es Navidad. Esta noche escuchamos: «*Nos ha amanecido un día sagrado; venid, naciones, adorad al Señor, porque hoy una gran luz ha bajado a la tierra*». Sin embargo, en aquella noche de Navidad, muchos ojos pasaron de largo sin ver a Cristo, sin ver la luz en la oscuridad. Hacía falta un don especial para descubrir el sol en la noche. Pero estamos ciegos. Tal vez es el don que tenían los pastores, o los reyes, capaces de despojarse de todo para buscar a Dios. Al pensar en la Navidad pensaba en unas palabras de Marcel Proust: «*El único viaje verdadero, el único baño de juventud, no será hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es*». Son palabras que nos ayudan a expresar el misterio de la Navidad. Se trata del viaje que emprendemos hacia una nueva forma de ver el mundo. Si aprendemos a mirar con los ojos de los demás, tendremos una mirada más amplia de la realidad. Muchas veces nos encerramos en el egoísmo de nuestra mirada, en nuestros puntos de

¹ J. Kentenich, “En libertad plenamente hombres”, H. King, 270

vista geniales, en nuestros criterios y gustos sin tomar en cuenta otros puntos de vista. Hoy, arrodillados ante un pesebre, queremos aprender a mirar con los ojos de otros. Con los ojos del hombre que sufre, del hombre que en su soledad no comprende los misterios. Con los ojos del que no piensa como nosotros. Con los ojos de los que tenemos más cerca, familiares, amigos, aquellos a los que amamos y tantas veces no comprendemos. Encerrados en los límites de nuestra mirada los juzgamos y condenamos. Hoy los abrazamos mirándolos con sus propios ojos. Sin miedo, con la paz de sabernos al mismo tiempo amados. **Mirar con los ojos de los otros nos amplía la mirada y el corazón, nos hace abiertos, alegres y confiados y nos anima a acoger a todos, sin pensar en su condición, en lo que tienen o hacen. Nos ayuda a sembrar esperanza y vida.**

Al mismo tiempo, queremos hoy pedirle a Dios sus propios ojos para ver nuestra vida. Si Dios hace este milagro que nos parece imposible, lograremos vivir con la paz de los niños, con su alegría, con la espontaneidad para sonreír sin miedo cada día. El otro día vi un video en que una niña pequeña, frente al espejo del baño, repetía y cantaba: «*Mi casa es hermosa, me gusta mi familia, mis cosas, me gusta mi pelo, mi cuarto, mi hermana. Puedo hacer cualquier cosa bien*». Su actitud positiva y alegre contrasta con la actitud con la que muchas veces amanecemos. Si nos gustara todo lo que somos y tenemos, nuestra vida sería mejor, mucho mejor. Dejaríamos de compararnos, sufriríamos menos por lo que nos falta. Cada mañana deberíamos despertar de esta manera, con ese ánimo y entusiasmo, con esas ganas de cambiar nuestra realidad. Si ésas fueran nuestras afirmaciones y primeros pensamientos cada día, seguro que en algo o en mucho podríamos mejorar. Me contaba una persona el deseo de su corazón: «*Que pueda disfrutar y sentir con verdadera alegría cada minuto, cada escena, cada conversación. Antes me daba igual a dónde miraba, ni observaba, ni escuchaba, ni buscaba, ni sentía. Me limitaba a ver pasar la vida*». Tenemos hoy todos el mismo deseo en el corazón, queremos cambiar. Queremos unos ojos nuevos para vivir con alegría y libertad, unos ojos capaces de ver la belleza oculta en el barro y la vida que despunta bajo el polvo. Queremos aprender a vivir de una nueva forma, encontrando sentido a la vida, aprendiendo a sacarle el jugo a cada cosa que hacemos, sin dejar que pasen los días sin hacer nada. **Hoy queremos levantarnos, en esta Navidad que amanece, y suplicamos a Dios que nos cambie el corazón y lo haga todo nuevo.**

Porque el corazón se acostumbra a la oscuridad y no percibe la luz tal como lo describe S. Juan al hablar de la venida de Cristo: «*En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió*». Hace falta luz en este mundo que vive en las tinieblas. Hace falta verdad en un mundo acostumbrado al cinismo y a la mentira. Nos acostumbramos a mentir, a disimular o a fingir y nos parece algo normal, porque todos lo hacen. Es quizás el miedo al rechazo, al desprecio, a la soledad, lo que nos aparta de la luz. Porque ser testigo de la luz significa asumir los riesgos que asumió S. Juan Bautista: «*Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron*». San Juan Bautista reconoció la luz y no pudo vivir de espaldas a la verdad. La enfrentó y perdió la vida en su intento por ser fiel a su camino. Pero vivió la paz de la fidelidad. Hoy hay muchos que no reconocen a Cristo y no quieren vivir en la verdad. No han puesto en Dios la esperanza y viven en la mentira. No esperan nada, porque creen que nada puede cambiar. Podremos hoy arrodillarnos ante el Belén sin esperar nada. Nos hacen falta muchas cosas, pero pensamos que Dios no nos escucha. **¿Hace falta pedir las cosas para que ocurran? ¿Y si no las pedimos no ocurren? Esperanza es el don que suplicamos.**

Hablamos hoy de la esperanza de los niños que confían y creen en los misterios, de los hombres que vuelven a levantarse después de la caída. Es el poder del que espera, como escuchamos hoy: «*Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: - Éste es de quien dije: -El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo»* Juan 1,1-18. La Palabra viene a nuestras vidas y nosotros nos dormimos sin esperar nada, sin querer nada. Pero la promesa brilla en nuestro corazón. Dios, Emmanuel, es el Dios con nosotros. Viene a vivir en medio de los hombres. Se hace carne para poder abrazarnos con su humanidad, para poder permanecer a nuestro lado. Viene a hacerse hombre como nosotros para que nosotros nos asemejemos a Dios. Las palabras del P. Kentenich nos llenan de esperanza: «*Yo personalmente puedo resucitar; tal como soy se me permite vivir en el cielo eternamente transfigurado con los santos, para alabar al Padre y glorificarme. También ahora hemos resucitado, no sólo en el espíritu, sino también en el ser, ya que llevamos dentro de nosotros la semilla de la transfiguración, la semilla de la vida divina»*². La Navidad es la semilla que surge con el Espíritu en nuestro corazón. Hoy resucitamos en esa luz verdadera que inunda todo. Podemos cambiar, puede Dios hacernos de nuevo. Nosotros sólo tenemos que dejar una rendija abierta en el alma. **La rendija de nuestro sí, la apertura de nuestra humildad arrodillada ante Dios que se hace carne.**

Hoy miramos a Cristo que nace para regalarnos esa paz del corazón que nos falta tantas veces. Escuchamos hoy en labios del profeta: «*¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que predica la victoria, que dice a Sión: -Tu Dios es rey! Escucha: -tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén; el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios»* Isaías 52,7-10. Y pensamos en ese Dios que se hace Niño para regalarnos su paz, para enseñarnos a aceptar con un corazón alegre todas las cosas en nuestra vida. Pensaba en lo difícil que nos resulta decirle que sí a Dios en nuestra realidad y abrir esa rendija para que entre. Nos cuesta decir que sí no sólo a los planes que pueda tener pensados para nuestro futuro. Nos cuesta decirle que sí a nuestro pasado. A esa historia nuestra llena de alegrías y sinsabores. Nos cuesta aceptar las heridas del camino, los tropiezos, esos planes fallados, esas historias inconclusas. Miramos hacia atrás y nos duele el alma. Pero también nos cuesta decirle que sí a nuestro presente. A las circunstancias de nuestra vida, al lugar en el que vivimos, a nuestro trabajo. Nos cuesta aceptar ese físico nuestro que no siempre nos gusta. Esta tripita que no cede, el hecho de no parecernos a ningún actor de cine o la realidad de que no podemos tener un tipo de modelo. Nos cuesta decirle que sí a nuestra forma de ser, con sus defectos y virtudes, aunque nosotros vemos con más facilidad lo que nos falta, lo que todavía no hemos alcanzado, lo que no somos y nunca seremos. **Es difícil aceptar en un murmullo toda nuestra vida. Hoy, de rodillas, queremos, como María, decir que sí.**

El amor que hoy se nos regala en Navidad es un amor de misericordia. El otro día un niño respondía así a la pregunta que le hacían en el colegio: «*¿Qué significa que Dios es misericordioso? Que no tiene memoria, que perdona a todo el mundo»*. Es el misterio de ese amor sin memoria. El corazón que no olvida no sabe perdonar. El amor de Dios es una amor que se dona, se abre y se regala. Un amor así sólo es comprensible como un misterio, como un milagro que se nos escapa. El amor de Navidad es un amor que perdona y olvida, que no tiene memoria para nuestras faltas y caídas. Sin embargo, nosotros vivimos esclavos de nuestra incapacidad para perdonar, de nuestros recuerdos,

² J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 17

de las heridas que no cierran y nos esclavizan. Tenemos tan buena memoria que recordamos todas las ofensas. Irene Villa sufrió un atentado de la Eta cuando tenía 12 años y perdió las dos piernas. Hablaba hace poco de la experiencia: «*He aprendido a vivir con ello, no puedes pensar toda tu vida que eres una víctima porque si no, vives con odio y resentimiento*». Asegura que ha perdonado a los terroristas que pusieron la bomba: «*Es la única forma para ser feliz*». Y añade: «*En esta vida no sólo te ponen una bomba o te matan a alguien querido, sino que hay un montón de ocasiones en las que alguien, incluso sin querer, te hace daño*». En la vida sufrimos cuando nos ofenden, cuando nos hieren, cuando hablan mal de nosotros, cuando no cuentan con nosotros para la vida. Y muchas veces la amargura y el rencor envenenan el alma. En esos momentos nos llenamos de odio. Pero es necesario aprender a perdonar, porque si no nunca seremos felices. Hoy miramos a Cristo, a Dios hecho carne, a Dios misericordia. Miramos su presencia liberadora. Miramos el perdón en los ojos de un niño, de una Madre, de una familia en Belén. Su amor no nos reprocha nada, no nos juzga. **Miramos el perdón que Dios nos da cuando no lo merecemos. Porque el perdón nunca se merece. Es un don, es una gracia.**

Hoy miramos a María que nos entrega a Cristo para que su fuego transforme nuestro corazón y nos haga semejantes a Él. Decía el P. Kentenich: «*El efecto principal de nuestro amor íntimo a María debe ser una profunda compenetración con Cristo*»³. Unidos a María surge Cristo en nuestro corazón, surge su amor y su vida verdadera, se hace carne, se queda con nosotros para siempre. En la cruz de la unidad están los dos unidos y allí nos sentimos unidos nosotros en nuestra pobreza. María abraza el cuerpo herido de Cristo, abraza a su hijo recién nacido, besa sus heridas de amor y nos abraza, en Él, a nosotros. Cristo, en su dolor, nos entrega lo único que tiene, a su Madre, su amor de Madre. El dolor de Cristo y el de María son un solo dolor en la cruz. Es un dolor que da vida, que nos regala la vida del Espíritu, un dolor hecho carne. Esta noche de Navidad es noche de victoria. Vence al nacer y vence en su muerte de cruz. Es hoy el día de la victoria de Cristo. Escuchamos en el salmo: «*Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor*» Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd- 4. 5-6. Y vemos cómo se manifiesta la voluntad de Dios para el hombre. Su amor se hace fecundo y se derrama como un torrente de vida que brota del costado abierto. Anhelamos unirnos a Cristo recién nacido, besar su carne, amar su fragilidad e indefensión. Queremos ser uno con Él. Una persona me decía: «*El único consuelo profundo es unirme a Jesús. Colocarme junto a María, al pie de la Cruz, sí, y es lo único que no deja al dolor quedarse estéril*». **Nos unimos al Señor, de rodillas, confiando. Le pedimos que nos dé su paz y su consuelo.**

Llegamos al portal de Belén con nuestros miedos. Es curioso, ¡Cuántos miedos pueden caber en nuestro corazón! Desde por la mañana temprano vivimos con miedo. Miedo a la vida y a la violencia con la que nos conduce. Miedo a fracasar en la dura tarea de ser nosotros mismos. Miedo a la soledad que se clava en el alma casi sin darnos cuenta. Miedo a vivir plenamente por si acaso nos va mal en nuestra apuesta. Miedo al rechazo o a decepcionar a los que esperan tanto de nosotros. Miedo al futuro con las incertidumbres que llenan el alma. Miedo a caminar despacio, porque nos asusta perder el tren que pasa. Miedo a caminar deprisa, no vaya a ser que pasemos de largo. Miedo, siempre el miedo en lo profundo del corazón. Como un recordatorio de nuestra condición de esclavos. Sí, lo sabemos, somos esclavos. Esclavos del mundo que nos impone las condiciones para vivir. Esclavos de los amores que nos obsesionan, por

³ J. Kentenich, “Una señal en el cielo”, 156

miedo a quedarnos vacíos. Esclavos de las expectativas ajenas y de nuestros planes soñados. Sin embargo, nos negamos a ser esclavos de Dios, como María. Porque la esclavitud ante un niño indefenso nos incomoda. ¿Qué puede hacer ese Niño para quitarnos los miedos? El otro día leía una afirmación que a veces vive en el fondo del alma: «*Cuando se posee el poder y el dinero, se puede tener todo lo que se quiera en esta vida*»⁴. En nuestros belenes, los que colocamos en nuestras casas, brilla con más fuerza el castillo de Herodes, su poder y su dinero. Mientras tanto, sobrecoge la debilidad del pesebre. Apenas dos animales indefensos, unas maderas, paja, un solo hombre, una mujer y un niño. Hay pastores de rodillas, adorando y un ángel. Sobrecoge la indefensión. ¿Cómo va a quitarnos nuestros miedos? Nos cuesta confiar. El castillo de Herodes parece más firme y cuenta con soldados. Las seguridades humanas son mejores. **Nos quitan los miedos por un tiempo. Nos permiten confiar porque nos sentimos seguros, controlamos.**

Pero el regalo de la Navidad es aprender a ser esclavos de Dios y aprender a dejar nuestros miedos en las manos de un Niño indefenso. Es la paradoja de nuestra fe que nos pide confiar y dejar el control de nuestra vida en las manos de Dios. La locura de un niño pequeño que morirá en la cruz y nos pide que vayamos a adorarlo: «*Adórenlo todos los ángeles de Dios*». Y nosotros queremos aprender a arrodillarnos ante Dios y seguir su camino. Porque no poseemos nada tan grande como lo que nos entrega un niño pobre en Belén en sus manos vacías. Es el amor infinito, que nos abraza y quiere y nos recuerda que su amor es infinito e incondicional. Como dice el P. Kentenich: «*El Padre me ama, porque estoy unido a su Hijo y formo con su Hijo una unidad de vida. Esto es lo más grande y lo más bello que poseemos. ¿De qué nos sirve la nobleza de nacimiento, la nobleza de posición? Lo más grande es la vida divina que nos ha regalado el Salvador*»⁵. El amor de Dios por nosotros nos sobrecoge. Es un amor sin reservas e inmerecido. Nos abraza ya seamos reyes o pastores, poderosos o indefensos. Pero siempre toma en sus manos nuestros miedos y nos regala la paz. Nos da un corazón de carne y se queda con nuestro corazón de piedra. En la indefensión de Belén aprendemos a confiar. En la pobreza de una sagrada familia fugitiva nos queremos abandonar. Es la locura de la fe que renuncia a las seguridades humanas, a la fuerza del mundo, al poder y a la gloria. En este tiempo de crisis en el que falta la esperanza, nosotros confiamos. Nuestro Reino no es de este mundo. Aprender a vivir de esta forma nos parece imposible. Pero hoy, de rodillas, suplicamos la conversión del corazón: «*¡Ven, Señor Jesús!*». Suplicamos vivir de forma diferente, cambiar hábitos que nos desordenan, limpiar el alma de todo aquello que nos impide ver a Dios. **Y deseamos que cambie nuestra vida con la llegada de este Niño que quiere vivir en la pobreza y en el desorden de nuestro propio corazón.**

⁴ Laurent Gounelle, “No me iré sin decirte adónde voy”, 193

⁵ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 15